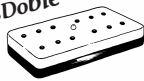


## **ENTRE AMIGOS**

**SeisDoble**



[6]

# ENTRE AMIGOS

Antonio Parra Sanz



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Antonio Parra Sanz, 2022

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2022

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

ISBN: 978-84-15740-77-3

Dep. Legal: P-3/2022

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Amalia, por toda una vida,  
y para Antonio y Maribel,  
que cierran mi círculo.*

*Para Paco Marín,  
inductor de esta aventura.*



## CAPÍTULO 1

La primera patada le dejó un latigazo al final del muslo, un mordisco en la parte posterior de la pierna que la hizo tambalearse, pero tras la segunda, la tercera y las consiguientes combinaciones con la otra pierna, la anatomía de Sonia Ruiz fue familiarizándose con un dolor que llevaba algunos meses sin experimentar, y que, le gustara o no, había empezado a echar de menos.

Y eso que la tarde no había arrancado con buenas vibraciones. Darío, su nuevo entrenador personal, le había dado plantón justo cuando iban a trabajar técnicas de cuerpo a cuerpo. Aquel risueño lituano no era demasiado fornido pero tenía unos miembros muy obedientes y que sabían muy bien cómo manejarse para enseñar sin dañar demasiado.

Después de varias semanas remoloneando, Sonia había retomado por fin las clases de defensa personal, volvió al Ronda Gym, y aunque sufrió una leve decepción al ver que tendría que cambiar de instructor, aquel cuerpo un tanto delgado de Darío la conquistó en cuanto mostró tres o cuatro de sus habilidades. Sobre todo le reconfortó que no fuera un musculitos de salón,

lo último que habría podido soportar habrían sido las lecciones de un hortera vigoréxico.

A falta de Darío, estaba el saco, que se movía con mucha más lentitud que el instructor, y al menos no le mostraría queja alguna si, tal y como estaba ocurriendo en la última media hora, a ella se le iba un poco la mano. Porque se le estaban yendo las manos y los pies, y la mitad de la sala se volvía hacia ella cada vez que un golpe venía acompañado de un grito que iba subiendo en decibelios, al punto de dejar a la altura del betún a cualquiera de esas divas esclavas de Wimbledon.

Ni aquello era chocolate ni se acercaba al sexo o a la música, las válvulas de escape que Sonia había capitalizado en los últimos tiempos, pero tenía su punto golpear aquel saco hasta rozar el paroxismo. Así al menos se escapaba de tanto servicio mediocre, de tanto cuerno paranoico, de tanta baja laboral fingida..., que eran el abecé de los casos que últimamente le habían caído en suerte.

Casi sin darse cuenta, casi sin quererlo, Sonia había entrado en una dinámica de monotonía que la estaba asfixiando. Salir del despacho de la calle Tribulete se volvía una necesidad imperiosa, aunque el premio fuera tan liviano como esos casos menores que apenas le habrían dado para ir tirando si no fuera porque hacía tiempo que aprendió a dosificar otros ingresos que llegaron en mejores momentos.



—Esto no es como aquello de no poner los huevos en la misma cesta, pero parecido —llegó a decirle Méndez.

De las piernas pasó a los puños, el saco se movía a cada embate con mayor decisión, casi diríase que hasta con cierta alegría, y los pequeños guantes que debían protegerla llevaban ya un rato permitiendo que el dolor se instalara en sus nudillos.

Sudaba a mares y le gustaba, jadeaba y eso le daba la vida, y aunque nada se podía comparar a la lucha con un cuerpo atrevido y que devolviera los golpes, la tarde le estaba sentando mucho mejor de lo que al inicio de la misma había esperado.

Miró hacia el espejo y le gustó lo que la lente le devolvía. Sonrió de medio lado alegrándose de no haber echado en saco roto el consejo de Esther.

—Tú verás, pero ya te advierto que la sombra de los cuarenta llega cuando menos te lo esperas, y esa no hace prisioneras.

Aún les faltaban, a las dos, casi cuatro años para ingresar en ese club, y aunque Sonia chocara con su amiga y sus costumbres de pija reprimida, en el fondo sabía que, de no volver a hacer ejercicio de manera regular, su tendencia al incremento calórico le clavaría de nuevo los dientes.

Se giró en el espejo para darse de nuevo el gusto de ver que esos mordiscos de momento no tenían mucho

sitio al que agarrarse, y que había logrado mantener las curvas en su sitio, cimentadas ahora con una leve musculatura, discreta pero abundante. Se gustó y no se arrepintió por ello, todo lo contrario, casi casi vio en sus ojos lo que parecieron ofrecerle otros dos que estaban clavados en ella desde el fondo de aquella lente, otras tardes tan traicionera.

Un par de ojos un tanto felinos que no se dedicaban, como era tan habitual por aquellos lares, a la autocontemplación, al besuqueo figurado de un bíceps o un cuádriceps hiperdesarrollado. Aquellos ojos sí parecían tener un cerebro detrás, y Sonia se fue a por ellos sin muchos miramientos.

Primero con cierto deje de reojo, mientras le daba unos tragos a su botella, pero luego de forma ya más directa, leyendo en ellos lo que querían, que no era otra cosa en ese momento que lo que a ella también le apetecía.

Recogió botella y toalla y comenzó a andar, sin prisa, sabiéndose felina, para ver si el dueño de los ojos aguantaba el tipo o era únicamente un mirón furtivo. Sonia dejó escapar media sonrisa de aceptación porque según se acercaba le iba gustando más lo que tenía enfrente. Nada de jovenzuelos hinchados, aquel interesante morenazo andaba camino de los cincuenta aunque la fibra de un cuerpo cuidado se encargaba de desmentirlo. Pero hay verdades que un rostro y una mirada no son capaces de evitar, y le gustó que tampoco se empeñase en hacerlo.